

SANGRE DE CONTRABANDO

por ANDRÉS CARDENETE



SANGRE DE CONTRABANDO

NO FICCIÓN

Andrés Cardenete

© 2026 Andrés Cardenete
Documentado y escrito originalmente en el año
2019.
Reservados todos los derechos.

*A quienes se juegan la vida bajo
unos principios, arriesgando un mal
final.*

NOTA DEL AUTOR: *Este reportaje fue documentado y escrito en el año 2019. Un acuerdo firmado en febrero de 2026 por España y Reino Unido hizo desaparecer la frontera y las verjas. El mundo que retraté en este texto ya no existe. El ADN de muchas familias de La Atunara, sin embargo, sigue intacto. Ya no se trafica con tabaco.*

Se llama David y tiene 19 años. Parece tímido y callado cuando me lo presentan. Tras el estrechón de manos, le percibo cercano, amable y sonriente, con ademanes de buen chico. Se expresa con la debida naturalidad, pero sin aspavientos. Por el olor, intuyo que está recién duchado. En su físico asoman ciertos rasgos anglosajones: su pelo rojo y su piel repleta de pecas, jirones de la historia que se han ido colando en el ADN de tantos gaditanos.

David vive en La Línea de la Concepción, en el entrañable barrio pesquero de La Atunara. Ni estudia ni «trabaja», pero no es un nini. Es contrabandista de tabaco en el rincón más olvidado de España.

El mejor local del Peñón

Para ir de La Línea a Gibraltar, David y yo atravesamos la aduana como si atravesáramos una calle. A la vuelta, la calle será una frontera. El hecho de que sea más fácil entrar que salir ya es un síntoma. Para pasar a tierras británicas, solo tengo que insinuar mi DNI al policía nacional que está a este lado y al bobby que me saluda desde el otro, en el interior de una cabina, justo antes de salir de la frontera. Podría haber llevado la documentación de mi madre y no encontrar obstáculos.

Entre la aduana y las calles gibraltareñas está el aeropuerto, pero lo primero que veo es una fila de personas que hacen cola para ser atendidas en un pequeño quiosco que ocupa una posición privilegiada. Antes que el aeropuerto. Antes que la primera cafetería. Antes, incluso, que la primera parada de autobús y el primer semáforo. Si vas a pie, es el último lugar por el que estás obligado a pasar antes de usar otro medio de transporte con el que cruzar el aeropuerto. Su cartel no deja lugar a dudas: Smoke Kiosk. Quiosco de tabaco.

Hoy, un cartón de Nobel cuesta en cualquier estanco español más de cincuenta y ocho euros. Acabo de comprar dos por el mismo precio. En el centro de Gibraltar se pueden encontrar hasta cincuenta céntimos más baratos. La diferencia está en los impuestos, que dejan la nicotina del Peñón más barata, incluso, que la que se puede encontrar en cualquier tabaquería de Londres. Todo un lujo que saben apreciar los que, delante del resto de la gente y sin ningún pudor —como si se atasen los zapatos—, abren los cartones que acaban de comprar y esconden las cajetillas en sus bolsillos y entre su ropa. Muchos han venido a comprar en bicicleta. En principio, no es tan fácil.

«Es injusto», dice David, «que los que vivimos en La Línea solo podamos sacar legalmente cuatro cajetillas de tabaco al mes, mientras tú, que vienes de fuera, puedes sacar un cartón». Le escucho mientras el dependiente del quiosco me da dos bolsas y me recomienda que, de los dos cartones

que he comprado, uno lo lleve yo y otro la persona que me acompaña. Las bolsas son negras, opacas. Otro síntoma. De vuelta a La Línea, es el azar –vestido de agente de aduanas de la Guardia Civil– el que decide si das cuenta de lo que llevas en la bolsa. A mí me piden amablemente que pase por ventanilla para registrar mi tabaco. Mi acompañante y David caminan junto a mí sin que les digan nada. Podrían volver al coche, dejar el cartón y volver a por otro sin problemas. Podrían repetir la acción hasta que el azar les pidiese pasar por ventanilla. Un negocio.

Nicotina para vivir

Cuando vuelves a suelo español, percibes con más claridad el ambiente que te rodea, a poco que lleves los ojos bien abiertos. Adviertes que el tabaco allí es más que un vicio, un estilo de vida. Una joven canturrea al pasar junto a mí por el paso de cebra, en dirección a la aduana. Llama la atención a un señor de unos cuarenta años que se vuelve montado en su bicicleta, los bolsillos traseros de sus tejanos cuadrados –dos paquetes en cada uno, calculo–. «¿Quién está?», pregunta la joven. «El Toro Salvaje», contesta él. David me cuenta que ese es el apelativo por el que aquellos que se dedican al menudeo de tabaco se refieren al guardia civil que hoy está de turno, el mismo que me pidió que pasara mi cartón por ventanilla. Todos los agentes tienen el suyo. Están el Shakira, la Octopusi, el Guapito o el Media-

vista. Cada mote lleva aparejado el nivel de rigurosidad o de simpatía del agente en cuestión.

El tabaco que sale de Gibraltar por la aduana —principalmente a pie, en bicicleta o escondido tras las pastas de las motocicletas y los coches— está destinado al menudeo. El margen de beneficios por lo que cuesta sacar un cigarro es bajo: de quince a dieciocho euros por cartón si se consigue colocar a buen precio. Es por mar o corriendo playa a través, hacia la verja que separa ambos países, donde está el verdadero negocio. Pero aquí también hay competencia. El desempleo provoca que cada vez más jóvenes compartan sus ahorros para comprar una embarcación —a veces se tienen que conformar con un pequeño bote de escasa potencia— con la que traer a España cajas completas de tabaco gibraltareño. En cada caja entran unos cien cartones de media. Palabras y beneficios mayores.

El riesgo de escalar

De vuelta al barrio de La Atunara, la madre de David me cuenta que hace unos días llegó a casa totalmente empapado. «El pobre venía hecho una sopa. Con el frío que hacía», dice. «Tuvo que salir nadando para que no le pillasen los guardias de Gibraltar». Cuando termina de hablar, mira a su hijo y aprecio miedo, pero también un extraño orgullo de madre. El contrabando es un estilo de vida asumido en este lugar y practicado desde la ocupación de Gi-

braltar. En aquel entonces, se traficaba con productos que escaseaban en España: azúcar, café, licores y tabaco. Como el tono del pelo y las pecas de David, el negocio del estraperlo fue ocupando su hueco en el genoma de la gente de La Atunara.

«El guardia nos estaba esperando», añade David, «agazapado detrás de unos arbustos. Dejé todo y crucé nadando. Pude haberme traído algo, porque el torpe se empezó a tropezar y casi se cae», dice. Su risa muestra al niño que aún es, pero esconde el miedo. «Prefiero que me pillen aquí, en España. Si me pasa al otro lado, me llevarían al calabozo y allí no sabes cuánto tardas en salir. Al ser extranjero, es un lío». Mientras me cuenta esto, se sigue expresando con educación, buenas maneras y cierta timidez. Concluyo que, definitivamente, es un buen chico que podría estar trabajando en la tienda de la esquina, por ejemplo. Pero no son buenos tiempos, y el propietario de la tienda de la esquina me cuenta que le compra el tabaco a David para venderlo y poder pagar las facturas. Ahora, David vive con otros seis familiares, aún es joven y, con el tabaco, le basta. Tal vez, el día de mañana quiera formar una familia, siga sin trabajo y el tabaco no le alcance. Tal vez las mismas circunstancias que le llevaron a traficar con nicotina le empujen a trabajar hachís y cambiar Gibraltar por Marruecos. En este lado del mundo, ese es un paso tan natural como la explosión hormonal de la adolescencia.

De momento, ya conoce los riesgos de esa aventura. «Ese es otro mundo. Los guardias de Marruecos están locos. Si te pillan, de nada sirve nadar. Disparan antes de preguntar. Acabas con un tiro o en la cárcel. O con un tiro y en la cárcel, como le pasó hace unos meses a mis dos primos». Entonces desvía los ojos hacia el mar y los entorna, pensativo.



andrescardenete.com